

Enrique Molina

## Funciones de la universidad y una interpretación del espíritu (1)



El magno congreso de universidades de nuestro continente a que asistimos en estos días viene a probar, si no se hubiera probado ya antes que los pueblos latinoamericanos no son sólo productores de materias primas, cobre, salitre, carne, trigo, café, frutas tropicales, etc., sino cooperadores en la civilización occidental y mundial.

He abordado antes este tema en un discurso pronunciado el Día de las Américas de 1942, en la Universidad de Concepción y publicado bajo el título de «Llamado de superación a la América Hispana». Creo que a pesar del tiempo transcurrido no ha perdido su actualidad. Seguimos viviendo en trance de superarnos.

---

(1) Charla leída en la Universidad de Chile durante la celebración del Segundo Congreso de Universidades Latinoamericanas, el 25 de noviembre de 1953.

El congreso que estamos celebrando en estos días es una muestra de la fe que nos anima de que nuestras universidades han de ser instrumentos eficientes para la superación que buscamos y que alcanzaremos.

Desde que empezaron a tomar forma las universidades en el siglo XIII, lo fueron como órganos del progreso espiritual. Por esto los poderosos trataban siempre de dominarlas o las creaban, los príncipes del mundo o de la Iglesia, para convertirlas en armas de sus designios. Hasta nuestros días, circunstancia que revela de la mejor manera la importancia y valor de las universidades, los gobiernos dictatoriales pugnan por apoderarse de ellas o silenciarlas, espectáculo que por desgracia suele presenciarse en algunos países de nuestra América Latina.

La universidad, juguete del poder o buscando ella misma el poder, ve bastardeadas sus esenciales finalidades.

Afirmados con largos siglos de tradición han llegado hasta nosotros los conceptos de cuales sean las funciones de la auténtica universidad. Por supuesto que en nuestros tiempos esos conceptos han recibido incrementos considerables.

Desde luego tenemos la docencia, que durante siglos fué la principal o la única, y que en muchos casos continúa siendo la espina dorsal del funcionamiento universitario.

La docencia se practica con fines profesionales o con fines de cultura. En estos últimos casos cabe más

elasticidad en sus procedimientos que en los primeros. Colindan ellos con las actividades de la extensión cultural. El ejercicio de la docencia con fines profesionales envuelve las mayores responsabilidades para la universidad. Empiezan ellas por la selección y pruebas a que deben ser sometidos los postulantes para que puedan ser incorporados como alumnos. Entre nosotros se está muy distante de haber resuelto satisfactoriamente las dificultades que se derivan de la limitación de la matrícula para ingresar, por ejemplo, a cursos como los de medicina o dentística. Algunas autoridades universitarias, en su afán, muy laudable si se quiere, de alcanzar un alto nivel de eficiencia profesional, y dada la relativa escasez de locales, laboratorios y medios de enseñanza que no permiten educar un número crecido de jóvenes, restringen inexorablemente el número de los estudiantes. Actitud contradictoria con la afirmación que se repite de que faltan tres mil médicos en el país. De aquí resultan año a año no pocas tragedias para los jóvenes y quienes se interesan por ellos.

Luego vienen los planes de estudio y los programas que deben ser formulados con cierta flexibilidad promisorio de una acción relativamente libre al profesor y que no deje de tomar en cuenta la capacidad de los jóvenes. En esta materia, como en casi todas en asuntos de educación, no se pueden dar reglas absolutas.

Y por último, lo que no quiere naturalmente decir

de menor importancia, sino al contrario, tenemos en la docencia el factor constituído por el profesor. No basta ser un profesional docto para convertirse en profesor. Caudaloso de ciencia ha de ser sí, y espejo de honorabilidad, hidalguía, civismo y amor a sus discípulos. Ortega y Gasset establece en su tratado sobre la «Misión de la Universidad», una separación completa entre el docente y el investigador. Nos parece que si el docente no olvida sus condiciones de tal, y no olvida tampoco el método que debe emplear para llegar al alma y a la inteligencia de sus alumnos, se completa mejor llevando a cabo investigaciones científicas. No me resisto a recordar en este punto las palabras del psicólogo Emilio Mira y López cuando expresa: «Cuanto se diga de lo absurdo que resulta el sistema de las llamadas lecciones teóricas puramente verbales, es pálido ante la realidad» (1).

¿Qué decir del derecho que pretenden ejercitar los estudiantes de someter a juicio a sus profesores por medio de encuestas o plebiscitos? Que bien y reflexivamente aplicados son procedimientos que pueden dar lugar a resultados buenos y equitativos. Algo semejante podría probarse aún en educación secundaria. El profesor censurado tiene que mejorarse o debe retirarse.

El interés de las universidades por las investigaciones científicas y tecnológicas es un hecho de la época moderna. Que pueden llevarlas a cabo en bue-

---

(1) «Instantáneas psicológicas», pág. 178.

nas condiciones depende de los recursos de que dispongan: en bibliotecas, en laboratorios, en posibilidades de pagar a los que se dediquen a ellas *full-time* sin necesidad de que éstos se vean obligados a dedicarse a otras actividades para ganarse la vida. En las universidades norteamericanas estos recursos abundan, mientras que en las hispanoamericanas escasean, siendo en gran parte la opulencia de las primeras frutos de la munificencia privada y de la iniciativa particular. Esta holgura de elementos crea a la vez en el gran país del norte, un clima y un ambiente propicios para el desarrollo de las vocaciones científicas y del espíritu de invención. En cambio tenemos que sufrir por estas tierras la afrenta de que nuestro rico idioma español no figure en el mundo, al lado del inglés, del francés y del alemán, entre los idiomas de categoría científica. No poca culpa de esta desvalorización nos toca a los hispanoamericanos, pero no poca también le corresponde a España misma (1). Este destino, sombrío por ahora, lo comparte por supuesto con nosotros el idioma portugués. A propósito, y dicho sea aprovechando la ocasión, el congreso que estamos celebrando en estos días debería tomar un acuerdo que considerara fundamental y obligatoria la enseñanza de

---

(1) Sin embargo, no puede ser más alentador el lema de la reforma universitaria propugnada por la República Española: «No hay ciencia si no hay conciencia, no hay conciencia sin dignidad y, ni dignidad sin libertad».

los idiomas español, inglés y portugués en los países de América. No sólo por razones científicas sino como un deber de solidaridad y convivencia.

Ningún tratado de lógica puede contener reglas para las diversas técnicas de la investigación. Una es la adecuada para seguir los movimientos de los cuerpos celestes, otra para las sutiles agitaciones de las energías físicas y químicas, otra para las vibraciones del cerebro y de las redes nerviosas, otra para las investigaciones filológicas y del mundo de las letras. Cada cual es distinta. Sólo la práctica y un buen maestro pueden enseñarlas.

No debemos silenciar en este momento que la Universidad de Concepción, para estimular a los estudiosos y las investigaciones, ha creado un Consejo de Investigaciones Científicas, dotado con fondos propios y que está dando muy buenos resultados.

Así como las investigaciones científicas y tecnológicas constituyen una característica de nuestra época que aspira a conocer y explotar al máximo las energías materiales del planeta, así lo es igualmente de su condición democrática su interés por la extensión cultural que quiere llevar a las masas y al público en general las luces universitarias de que, de otra manera, se verían privadas.

De todas las funciones universitarias es ésta la menos sistemáticamente organizada. Obedece por lo general a inspiraciones esporádicas y trata de satisfacer

los más variados anhelos que en el orden del conocer pueden aguijonear la mente humana.

Señala todavía el temario del congreso como función de la universidad, su aporte a la solución de los problemas nacionales e internacionales. Conforme. Esta debe ser una función primordial de la universidad; pero hay que cuidar sí, de que el profesor o investigador no sea un mero correligionario más, que aplique a los problemas nacionales e internacionales simplemente soluciones ya preestablecidas en los programas de los partidos políticos. Su misión es más alta, debe ser más seguramente orientadora y consiste en verter sobre los problemas la luz serena de la ciencia. Claro está, por otra parte, que nadie puede negarle al profesor el derecho de ser miembro de un partido político.

Nos parece que la síntesis de las funciones universitarias expuestas tan brevemente, se expresa diciendo que consiste en la acertada formación física, moral y espiritual de las almas jóvenes. La universidad debe dar la mano definitiva para formar al hombre más perfecto de la época —cada época tiene sus posibilidades y limitaciones— y dotarlo de la capacidad de seguir perfeccionándose.

\* \* \*

Decíamos al empezar esta charla, que las universidades habían sido fundadas en el siglo XIII con fines principalmente espirituales o, si se quiere, teoló-

gicos y eclesiásticos y con mira ante todo al progreso espiritual de la sociedad. Como acabamos de considerarlo, no se pueden dejar de agregar hoy para la universidad sus finalidades científicas y tecnológicas, o sea, las que persiguen el progreso material de la sociedad; pero asimismo vamos a ver pronto cómo a las universidades hay que entenderlas como buscadoras de síntesis espirituales cada vez más comprensivas, como formas de la realización del espíritu.

De todos los problemas filosóficos el que más me ha interesado, es el relativo a un concepto o sentido de la vida humana. Me refiero exclusivamente a la vida humana, porque esta es la única en que cabe encontrar algún sentido en cuanto ejercicio de la razón o de una actividad creadora. ¿O es esta una interrogación que carece acaso de meollo filosófico? Ya veremos que no. La filosofía, ha dicho Simmel, no es más que la reacción, la respuesta de una conciencia ante la totalidad del ser. ¿Qué manera más urgente de responder que buscar el sentido de la existencia?

El hombre no puede dejar de discurrir sobre este tema porque es un ser de entendimiento y razón que forma juicios sobre todas las cosas. Algunos de estos juicios los podríamos llamar de «finalidad». «Eso sirve para tal cosa», decimos. «Aquello tiene un objeto determinado». «A eso otro no se le ve destino». ¿Cómo esperar que el hombre no formule juicios análogos sobre su propia vida? La vida vale en sí como la más pasmosa y misteriosa maravilla existencial.

Pero sin reflexión no pasa de ser un torbellino que nos envuelve y nos arrastra sin que lleguemos a darnos cuenta de ella en la totalidad o en lo más sorprendente de su significado. Somos leños llevados por el turbión. Tal es la tragicomedia de los más de los hombres. Esto no quita que el estar en la corriente en que se entrechocan las pasiones y en que se suceden los dolores y los placeres no sea hondamente interesante. Pero en el fondo de toda existencia práctica queda por lo general en nuestra edad escéptica, como único residuo conceptual, el vacío, el de que la vida es la vida, la vida es buena o mala, o buena y mala. Vi vámosla y gocémosla como es.

Al abrir el hombre sus ojos ante este universo estupendo y tentar una explicación de conjunto del cosmos y de sí mismo, las creencias imperantes en su medio le ofrecen toda clase de soluciones definitivas para las cuestiones más arduas y angustiosas. Los misterios relativos al origen del mundo y de los seres y al destino del hombre desaparecen para dar lugar a esquemas claros con perspectivas de vida eterna, en parte halagadoras y en parte encaminadas también a infundir terror.

Por desgracia no ha habido religión que con el correr del tiempo, la acción deletérea de los intereses políticos y sociales que la contaminen y los descubrimientos y análisis de la razón humana, no haya ido perdiendo gradualmente su poder de convencer y de infundir la fe. Es verdad que ninguna religión puede

llevar al convencimiento si se le mira desde un ángulo exclusivamente intelectual porque en eso precisamente consiste su esencia: en trascender de lo inteligible.

Cuando se han perdido las creencias religiosas no queda más que una alternativa. O se vive la vida diciendo que no tiene sentido. Es lo que proclaman hoy en día no pocos individuos de las más variadas condiciones. En este caso, los hombres no parecen sino albañiles remendones, obligados a reparar un edificio que amenaza desplomarse sin cesar. Y ese edificio es su propia vida. Hasta que se desploma.

O no nos resignamos a dejar de darle un sentido a este vivir consciente, angustioso y esperanzado, placentero y doloroso, humano en una palabra. ¿A qué hemos venido al mundo? se preguntaba Stuart Mill. A dejarlo un poco mejor de como lo hemos encontrado, respondía. Puede parecer que tales palabras muestran cierta confianza ingenua. Corresponden a la época victoriana que lo era de fe en el progreso. El sociólogo norteamericano Lester F. Ward hizo suya más tarde esta doctrina bajo el nombre de meliorismo, sabia actitud entre el pesimismo desolado y el optimismo ingenuo.

Nosotros creemos también que sea posible investir de tan alta función al concepto de progreso —¿y qué otra cosa tratamos de hacer día a día, en verdad, aunque no lo proclamamos como doctrina?—; pero a condición de no mantenerlo exclusivamente en el plano social y político donde tanto se ha abusado de él y

se le ha vulgarizado; a condición de mirarlo también, según iremos viendo, como creación espiritual, como uno de los modos por donde el hombre llega a la realización de su vida espiritual.

Si examinamos genéticamente lo que es progreso, vemos que su germen primordial está formado por una idea nueva. En todo progreso, ya sea industrial, económico, jurídico, literario o artístico, debemos observar, antes de su realización plena, ese carácter esencial de empezar por ser un chispazo que ha iluminado la mente de algún hombre. La idea nueva es, por su origen inmediato, de naturaleza personal, cualesquiera que sean los antecedentes sociales que la hayan incubado y sea cual sea el valor social que vaya a tomar luego por obra de la difusión, proceso en que influirán también las propias circunstancias sociales del momento. ¿Será acaso esa idea sólo un brote de un espíritu objetivo existente fuera del hombre o del espíritu del pueblo, conforme a la concepción hegeliana? Sea como fuere, y sin perjuicio de volver sobre este punto más adelante, la conciencia individual marca la línea de luz en que la idea surge claramente sobre el horizonte de nuestra intuición. De aquí en parte la razón del respeto debido a la conciencia y a la libertad de pensar y de emitir el pensamiento.

En el orden técnico o industrial, la idea nueva se llama más bien invento. Hay definiciones del progreso fundadas en este exclusivo aspecto, como cuando se expresa que el progreso consiste en que el hombre

dilata su apoderamiento de la naturaleza y su poderío sobre las cosas, agregando que para tal fin dispone de la ciencia como principal instrumento.

Pero, ¿da lugar todo invento o idea nueva a aplicaciones siempre beneficiosas para la humanidad? Muy lejos de esto. Los adelantos técnicos, el mayor dominio procurado por la ciencia al hombre sobre las fuerzas naturales, la maravillosa explotación de estas fuerzas, los progresos materiales en una palabra, se prestan por lo general, tanto para el bien como para el mal. ¡Ay! la bomba atómica y la bomba de hidrógeno. Las armas de fuego sirven para que el soldado defienda a su patria como asimismo para que el asesino ultime a su víctima. La navegación aérea permite rápidas y prodigiosas comunicaciones entre los hombres y, por igual modo, que pueblos indefensos pueden ser bombardeados y destruidos casi instantáneamente. Los progresos de la química han enriquecido la farmacopea con remedios milagrosos y, a la vez, han puesto en manos del hombre los gases asfixiantes y venenos estupendos. Los automóviles han hecho posible las expeditas atenciones de la asistencia pública, del comercio y de los negocios; pero, al mismo tiempo, sirven para que ladrones y rateros den sus golpes de mano con mayor seguridad.

Lo dicho nos indica que todo invento no significa por sí solo un progreso. Tampoco ninguna idea nueva o que se presenta como tal ha de ser tomada sin ulterior examen como buena. Es menester, además, que

sirva para el bien, o sea, por consiguiente, que sus aplicaciones tengan valor moral y social.

Pero, ¿quién va a encaminar el empleo de los inventos hacia el bien si no es el hombre, el mismo que los desnaturaliza y prostituye, cuando se lo aconsejan sus vicios y malas pasiones?

De aquí que casi todo progreso que entrañe un aumento de poder sobre las cosas, presente simultáneamente al hombre un nuevo problema, una nueva encrucijada ética, alternativas imprevistas entre el bien y el mal, que deben inducirlo, en medio del goce de los adelantos conquistados, a mantener y elevar su cultura interior, su humanismo. Como queda dicho, la ciencia y la técnica despiertan energías que traen en sus pliegues tanto el bien como el mal. La esencia del humanismo es, al revés, encaminarse sólo al bien. Por eso se dice con razón de un alma que no lo busca y no lo cultiva en sí que es inhumana.

Nos parece expresar más íntegramente el contenido del concepto de progreso, ser su más adecuada definición, decir que él existe cuando podemos anotar un mejoramiento de las relaciones entre los hombres, difícil de asegurar sin el perfeccionamiento de las almas, y aumento de poderío humano en el conocimiento y dominio de la naturaleza.

Sin que se nos pueda tildar de que empleamos un lenguaje exagerado, no es dado interpretar la obra del hombre como la creación de dos mundos; uno material formado por las obras de su industria y de su técnica,

y otro espiritual integrado por las ideas, conceptos y valores que engendran la mente y el sentimiento humano.

Se suelen usar en forma confusa los términos de civilización y cultura. Dejemos a un lado primeramente el empleo que se hace de ellos para indicar momentos o estados históricos, modo que cubre con el mismo ropaje o categoría los más dispares grados de eficiencia humana. Así se habla de cultura o civilización neolítica o maya o incaica como de civilización o cultura contemporánea.

Sin perjuicio de la utilidad que la interpretación apuntada puede tener, es de consecuencias más fecundas entenderlas "como la diversa forma o capacidad que manifiesta el hombre de reaccionar ante la vida." Con el término de civilización se designarían preferentemente las propiedades del ser humano individual y social que tienen más relación con la vida civil y política, con la vida externa. La cultura representa un contenido más profundo e interno. No sin razón ha dicho Spengler que el hombre culto vive hacia adentro y el civilizado hacia afuera. Entre una y otra actitud hay la misma diferencia que entre una prescripción de policía y un versículo del Evangelio. Este supone una disposición cordial, al alma imantada hacia el bien. Aquélla se contenta con no ser infringida. En este sentido y considerada en su aspecto social o colectivo, la cultura supone, ante todo, "una reunión de almas bien inspiradas que ponen sus sentimientos y sus fuerzas

creadoras al servicio de lo bueno, de lo bello, de lo justo y de lo verdadero. Sintetizando estas afirmaciones cabe decir, como expresión de la más perfecta armonía interior: «El único problema del hombre es la realización de su vida espiritual. Todos los demás son subproblemas».

Pero es el caso que no se da la vida espiritual sin un substrato material. A la unión armónica de estos dos elementos, de los dos mundos que ha venido creando el hombre, según hemos dicho antes, o más bien, a la existencia de una sólida base material para el florecimiento del espíritu, denominamos cultura integral. Los hispanoamericanos hemos carecido hasta ahora de una sólida base material y económica para el desarrollo de nuestra cultura. No estamos todavía en posesión de una cultura integral. Nos hallamos en esta pugna. Y aun lo espiritual se resiente de esta falla nuestra porque impacientes no hemos sabido ir a lo profundo de la cultura, a la estima de los verdaderos valores, sino que nos contentamos con la imitación fácil, con lo aparential, con lo que trae sonajera y brillo. Por esto he dicho en alguna ocasión que somos civilizados para consumir y primitivos para producir. Digamos por ahora. Si sabemos ser unidos y esforzados para todo llegará el momento estelar de América.

Ocupémonos del espíritu del cual ya no poco hemos hablado. Que asunto más maravilloso es este del espíritu, que nos rodea como ambiente y se nos presenta ya cual fuerza interior, ya cual fuerza exterior

suprema. La sentimos y dudamos de ella. ¿Qué es el espíritu? ¿Es una sustancia, una causa, una función, una mera palabra acaso, o un resultado sin sustancia propia de las actividades de la vida? Espíritu es una de las palabras con más sentidos y de más variados usos del lenguaje humano. Todos la emplean y nadie la entiende bien y, lo que es más, ni se preocupan de entenderla. Es como un santo y seña que presta el lenguaje a la convivencia universal. Es más rica en sugerencias que su sinónimo alma y parece que tuviera un poder mágico sobre la emotividad de los hombres. Es un término de contenido impreciso. En virtud de la imprecisión de su significado ocupa un lugar intermedio entre los valores musicales y los propiamente lógicos o conceptuales.

La India ha sido la tierra clásica de la filosofía espiritualista. En ella ha encontrado constante expresión la creencia en un espíritu universal, único, incorruptible y eterno, del cual las almas humanas no serían más que múltiples chispas de la misma esencia y sustancia que dicho espíritu.

Esta concepción de un espíritu universal, más o menos ordenador del mundo, primer resorte y orientador de la vida humana y sustentáculo de los valores morales, la encontramos con ligeras variaciones en no pocos filósofos modernos y contemporáneos.

«Oponemos, dice Hegel, el espíritu a la materia. Así como la gravedad es la sustancia de la materia,

así —debemos decir— es la libertad la sustancia del espíritu».

Rudolfo Eucken, idealista de fines del siglo pasado, concibe el espíritu como una realidad suprema que nos envolvería totalmente. Reconoce la necesidad que tiene el hombre de una energía interior, personal, independiente. Porque si no es así ¿qué puede oponer el mundo que lo oprime con fuerzas tan abrumadoras?

Para iniciar tal vez con claridad su estudio al respecto, Bergson (1) principia por identificar el espíritu con la conciencia. «Quien dice espíritu, dice ante todo conciencia», son sus palabras. En otra parte expresa: «¿Cómo definir de otra manera el espíritu, sino como la facultad, la fuerza de sacar de sí más de lo que contiene, devolver y dar más de lo que recibe?» En estas líneas el espíritu casi queda identificado con el impulso vital, la fuerza creadora por excelencia. El espíritu que obra en el hombre no viene a ser más que una derivación, una emanación, un avatar del impulso vital.

G. F. Stout defiende la existencia de un espíritu universal, de cuyos designios, de cuya acción teológica, serían proyecciones la máquina del universo y las maravillas de la vida.

¿Cómo concebir ahora este espíritu universal a que se refieren las anteriores lucubraciones que, sin

---

(1) Bergson trata del espíritu en todas sus obras y particularmente en «Materia y memoria».

tener los atributos de una persona, es ordenador del mundo, primer resorte de la vida, condición de nuestro propio ser espiritual y guardián de los valores morales?

Parece que el hombre, en su desolación, cuando no se embota, embriaga o aturde en el ajetreo de la vida, quisiera encontrar un consuelo, sumiéndose en ondas de algo eterno e infinito. Nos parece poco grato arrancar a nadie de un estado mental de armonía; pero buscando también la armonía dentro de nosotros mismos no podemos dejar de ver que las interpretaciones anteriores se substraen a ser pensadas claramente. Son más aparentes que reales. Nosotros no tenemos y tal vez no podemos tener el conocimiento de un espíritu puro. El espíritu puro es una abstracción de la mente humana. Concebimos, sí, una energía condicionada por sus propios elementos, de cuya condición resulta el orden de la naturaleza; energía en acción perpetua y siempre en trance de superación. Pero en esta energía las creaciones del espíritu están sólo en potencia. Para realizarlas se hacen necesarias formas orgánicas superiores que en nuestro pequeño planeta no son otras que las formas humanas. Desde nuestro diminuto observatorio, no podemos ver tampoco en el universo nada semejante a lo que hace el hombre. Los astros, con la admirable ordenación de sus movimientos y la maravilla de su luz giran como masas obedientes, pero ciegos y sordos, a la energía que los manda y todo lo penetra. Los árboles, las flores, las fuentes,

las aves, por bellas y aladas que sean, los animales todos, son también comparsas obedientes y ciegas de la energía universal. Sólo en el hombre provoca ella reacciones encaminadas a la busca de una conciencia de sí misma. Ahí están las maravillas del cielo y de la tierra; pero sólo el hombre puede apreciarlas y reflejarlas en el espejo de sus ecuaciones de verdad y de sus obras de belleza. Sin creer, al aventurar esta idea, incurrir en divagaciones ni en el pecado de finalismo, nos parece que los sentidos y la intuición del hombre sobrepasan la significación de órganos personales, que tienen valor cósmico y son como ventanales abiertos para que el mundo pueda mirarse a sí mismo y darse cuenta de su propia realidad. Para encauzar la energía en la vida social, el hombre igualmente da forma a la moral y al derecho, y queriendo abarcar con su mirada sobrecogida cuanto existe se absorbe en concepciones religiosas. De lo que se deriva para el hombre el arduo destino de aparecer en medio de las confusas y entreveradas fuerzas del mundo como co-operador de la creación, como vértice a que convergen corrientes secretas para encender en él las lámparas del espíritu.

Hemos encontrado serias dificultades para representarnos al espíritu como sustancia pura, sea en cuanto entidad universal o en cuanto entidad personal. Como a dicho Lucrecio: «La naturaleza no ha dado vida a un espíritu sin cuerpo, a un espíritu puro que exista lejos de la sangre y de las venas». La suposición de

un espíritu como principio de las cosas no explican nada. O no pasa de una explicación aparente, que consiste en substituir un misterio por otro: al misterio de la existencia en sí por el misterio del poder o de la potencia en sí.

Pero supongamos que existiera una sustancia espiritual universal, en la forma que dicen Bergson y otros filósofos, como un flúido que soplara fuera de nosotros para insertarse de alguna manera, en su oportunidad, en el cerebro. ¿Satisfaría tal concepción nuestra aspiración que se manifiesta, cuando hablamos de las normas del espíritu, cuando ensalzamos sus excelencias y buscamos la elevación espiritual? ¿Cómo suponer que lo más característico del espíritu humano, los valores y las emociones relacionadas con ellos, las emociones de lo bueno, de lo justo, de lo cierto y de lo bello, provengan de una entidad tan difusa y deshumanizada? ¡Ah no! El espíritu se halla integrado por todo lo que ha hecho el hombre en el campo de la moral, de la ciencia, de la religión y del arte —la obra toda de la inteligencia iluminada, disciplinada y sacudida de emoción— y por lo que aspira a hacer en estos mismo órdenes para continuar perfeccionándose y superándose.

Con lo dicho queda expresado que la negación de una sustancia espiritual no implica, de ningún modo, para nosotros que vayamos a considerar borrado lo espiritual de nuestra existencia. Lo espiritual existe y existirá, mientras haya vida humana, como una función

de nuestro ser, función que supone la actividad orgánica de la sustancia primitiva, llámesela cuerpo, materia o como se quiera. Lo espiritual no es principio sino un resultado que a su vez se convierte en causa. No es la causa eficiente de nuestras creaciones, sino la flor de nuestra actividad creadora que en forma concreta se incorpora en obras y en forma abstracta en valores. Suponiendo aún que existiera el espíritu universal de que hemos venido ocupándonos, éste no se manifestaría para nosotros sino por medio del hombre y a través del hombre. Pensando tal vez en algo semejante dijo el místico: «El reino de Dios está dentro de nosotros».

Dado que la vida y su más preciada flor, la razón humana, no han existido siempre, no se puede dejar de concebir el Ser como llevando en su seno en potencia la vida y el espíritu, o sea, la capacidad de ir ofreciendo nuevas estructuras. La serie de éstas la forman cuerpo físico, vida, alma, espíritu. Capacidad que equivale a suponer en la entraña del ser una potencialidad creadora, vale decir, una divinidad inmanente. No cabe concebir a Dios sino como inmanente al Ser. Dios vive con nosotros y no realiza por medio de nosotros.

El Ser sin el espíritu o, si queréis, con el espíritu solo en potencia, es como un gigante ciego y mudo, nostálgico de no se sabe qué ni caprichoso ni providencial, ni bueno ni malo, sin sentido y sin expresión. No tiene más orientación, como la vida misma, que

mantenerse y perpetuarse, persistir cambiando. El amor es el delirio dionisiaco con que el Ser celebra su perpetuación. En el fondo y origen de las cosas y de la vida columbramos un «imperativo de existencia». Es una fuerza misteriosa. No podremos saber por qué existe o por qué, más bien, no existe nada. Es, como gustéis, el Uno, lo Absoluto, el principio divino, el fondo espiritual primitivo. Es la esencia de la sustancia única, cuyos aspectos son la materia o extensión y el espíritu o pensamiento. El espíritu es la expresión de la mayor superación de la sustancia. Que haya diferencias es una ley de la existencia y que entre las diferencias haya oposición y contrarios también lo es.

Con el hombre hizo su aparición la estructura superior del Ser y este hecho trascendental vino a darle un sentido, porque la busca de un sentido de la vida y sus derivaciones son un problema exclusivamente humano. Fuera de la razón humana no asoma la preocupación del sentido. En los animales no existe, menos en las plantas y para qué mencionar los cuerpos inanimados. ¿Qué sentido podemos atribuir, podemos dar a la vida del hombre? La síntesis de sus imperativos biológicos, sociales, éticos, jurídicos, económicos y estéticos se expresa diciendo que el problema esencial del hombre es la realización de su vida espiritual, con lo que proponemos a la vez la única interpretación del espíritu que nos parece plausible. Las dudas acerca de la existencia de una sustancia específicamente espiritual, no implican la consecuencia ame-

nazante de la negación de lo espiritual en la vida humana. Lo espiritual existe y existirá mientras aliente el hombre, como una función de nuestro ser, función que supone la actividad orgánica de la sustancia primitiva, llámesela cuerpo, materia o como se quiera. Nuestro espíritu se manifiesta cuando pensamos, reflexionamos, establecemos juicios, nos asalta una idea nueva, nos deleitamos en la belleza, practicamos el dominio de nosotros mismos, sofrenamos nuestros apetitos, queremos y comprendemos a los demás. La ejecución de obras bellas, la busca de la verdad, el cultivo de los sentimientos de bondad, de justicia, de amor, el enriquecimiento de los conceptos correspondientes a ellos y su incorporación en instituciones que mejoren la vida y alivien el dolor; los actos nobles y heroicos, la práctica de las más modestas virtudes: estas obras y creaciones constituyen la realidad inmediata del espíritu. El hombre es el artífice de ellas y en ellas debe buscar las ejecutorias de su superioridad. Suponiendo aún que existiera un espíritu universal básico, éste, no se manifestaría para nosotros sino por medio del hombre y a través del hombre.

De entre las funciones del Ser al hombre le cabe una específica: la espiritual. Esta es para él una dimensión propia. Todo lo material lo encuentra el hombre hecho, sin perjuicio de que en su reino terrestre pueda llevar a cabo en este orden transformaciones y progresos estupendos. También encuentra todas las formas de vida vegetal y animal, y se ha mostra-

do hasta ahora fuera de su poder reproducir la más insignificante de ellas y, más aún, agregar una nueva. Pero le queda una rica compensación, le queda el espíritu. Al revés de lo que pasa con la materia y la vida, sólo lo espiritual no se halla definitivamente hecho y espera para su alumbramiento que nosotros lo vayamos realizando. También en todo el ámbito de nuestras observaciones sólo a través del hombre vemos, a pesar de la pequeñez humana, llevar a cabo propósitos, creaciones, designios reflexivos. De la inmanencia de la conciencia creadora viene a irradiar la más infinita trascendencia. Si los hombres no escuchan a Dios en su conciencia y no lo sienten ni lo realizan en ella, no lo encuentran, ni lo sienten ni lo realizan en ninguna parte. Nos parece que por las buenas creaciones lo humano a veces se diviniza y que lo divino, buscando hacerse real, desciende a humanizarse. Hemos dicho en líneas anteriores que la divinidad se encuentra inmanente en el seno del Ser en cuanto éste alberga al espíritu en potencia. No se halla lejos esta concepción de la de Javier Zubiri, que, apartando de Dios los atributos de perfección y omnisciencia con que lo reviste la filosofía tradicional, lo llama ente fundamental o fundamentante. Con esto se le libra por otra parte de la responsabilidad de la creación. Los males e imperfecciones del mundo son inconciliables en verdad con la creencia de que el universo proceda de una creación planeada de una vez y para siempre por un ser perfecto. Creo sí que, com-

pletando la idea de Zubiri, se le debería llamar a Dios, además, ente compañero o acompañante. Aquí hay lugar para el amor, hay una indiscifrable solidaridad en un porfiado destino de dolor y renovación. La creación no tiene fin; se sigue haciendo, y en esta faena infinita el hombre es colaborador de Dios.

Hemos interpretado en líneas anteriores la obra del hombre como la creación de dos mundos: uno material formado por las obras de su industria y de su técnica y otro espiritual integrado por las ideas, conceptos y valores que engendra la mente y el sentimiento humanos. A esta concepción me atrevo a designarla con el nombre de «creacionismo humano». Por supuesto que empleo la palabra creación, principalmente refiriéndome a la de orden material, no en el sentido de sacar algo de la nada, que sería absurda pretensión, sino como transformación de substancias y energías. Entre el mundo espiritual y el mundo material de que hablamos se mantiene una interacción constante. Cuando se descuida y olvida el mundo espiritual, o sea, a los valores morales, jurídicos y estéticos, el mundo material, a su vez, empieza a descomponerse, hasta que se derrumba. Es lo que se ha observado en todas las épocas de decadencia.

Esta consideración, claro está, no autoriza una actitud pesimista sistemática. Ninguna consideración la autoriza. No es en manera alguna aventurado suponer abiertas grandes posibilidades para la vida, a pesar

de que no se puede afirmar nada a la vez respecto de su valor trascendente. Corremos una hermosa carrera cuya meta final ignoramos. Sabemos, sí, que no se encuentra en el término de nuestra existencia personal. La carrera sigue y nos invita a darle sentido de eternidad corriéndola bien.

A la realización del espíritu la precede siempre una etapa dolorosa, o sea, que ella se lleva a cabo en un proceso cuyo primer término es una tragedia. Hay dolor desde la entrada de los caminos que ha de recorrer el espíritu para llegar a su realización. El drama comienza con la superación del instinto. Esto es un precioso instrumento fundamental de la vida. Tenemos que considerarlo igualmente de naturaleza espiritual si bien de calidad inferior porque carece de los dos atributos esenciales del verdadero espíritu: la libertad creadora y el discernimiento de valores (bondad, justicia, verdad, belleza). Los valores encuentran su última base en el imperativo de existencia cuando éste llega al orden espiritual consciente. Los valores constituyen una necesidad de este grado de existencia. Son, naturalmente, de esencia espiritual. Son esencias espirituales de cosas reales y conceptos y sentimientos correspondientes estimativos de ellas por su importancia para la vida. ¿Cómo y por qué apareció la razón, esta luz superior que no se cansa de hacer preguntas inquietantes y que en su afán de orden y de explicaciones completas nos deja siempre angustiosamente insatisfechos? ¿Fué tal vez un último recurso ideado por la

vida a causa de fallas del instinto? Lo cierto es que con el surgir de la razón, hasta ahora la más lograda realización del espíritu, comienza desde ese punto la tragedia de éste. El animal no tiene problemas discursivos. Hay instintos buenos e instintos malos, saludables e indispensables aquéllos, perniciosos éstos para la vida. La razón es aliada de los primeros y se propone dominar o encaminar derechamente a los segundos. Así, en el cuerpo, escondrijo de los instintos y también mansión inevitable del espíritu, se desarrollan los primeros actos de la tragedia. Mansión inevitable y precioso cooperador es el cuerpo si se le lleva bien. Pero los instintos extraviados y pervertidos, las pasiones, los vicios y malas inclinaciones son con frecuencia el azote del espíritu y malogran y desbaratan su florecimiento. Luego vienen los factores sociales, los ambientes desfavorables, las preocupaciones, a veces la familia y el matrimonio, con que el espíritu tiene que enfrentarse y provocan la tragedia. Situaciones dolorosas o de intranquilidad y agitación traídas, cuando no por la propia vida, por la lucubración misma, preceden las creaciones de los artistas, escritores y poetas. Los tiranos y malos gobernantes son enemigos del espíritu y le acarrean dolores. Aún superadas estas vallas queda siempre en pie la mayor de todas, la al parecer insuperable, la del misterio, o si queréis, la de los misterios del Ser y de la vida. Aquí radica la tragedia esencial y máxima del espíritu y a veces asimismo su desolación. Todas las reli-

giones y todos los mitos han tratado de ofrecer satisfactorias explicaciones del enigma cósmico llenando el abismo con creaciones de la fantasía. Otro tanto han intentado en forma brillante los mitos filosóficos al estilo platónico. Pero la esfinge de lo indescifrable continúa angustiándonos. Concíbese en el principio de las cosas un Creador Supremo o un fondo espiritual primitivo, o un ente que llamemos lo Absoluto o el Uno, ahí está la esfinge. Concíbese el Ser como sin principio ni fin, o sea, infinito y eterno, llevando en su seno en potencia las fuentes de la vida y del espíritu, llámeselas «impulso vital original», a la manera bergsoniana, o «imperativo de existencia», según hemos propuesto, ahí está la esfinge. De ninguna manera logramos aquietar definitivamente nuestras inquietudes, y la esfinge sigue indisipable al frente de nosotros como una sombra que acompaña a la razón en todos sus pasos, como un muro de sombras.

La solución más inoperante para estas inquietudes consiste en aconsejarnos simplemente que las alejemos de nuestra mente como preocupaciones metafísicas. En verdad las actividades intensas de distinto orden, el ajetreo, los intereses mundanos y las grandes pasiones suelen apartarlas momentáneamente de la conciencia, pero nunca por completo. Ellas persisten y para muchas almas tienen la importancia de algo que atañe a la raíz de la vida, de algo existencial básico.

El espíritu tiene que sacar de sí mismo las fuerzas para sobreponerse a su angustia y éstas las encuentra

en sus virtudes y en dos realizaciones supremas. Estas no son otras que el amor desinteresado y el valor. Comprendemos que insinuamos con esto últimos recursos difíciles por que lindan con la santidad y el heroísmo. Reclaman del arco del alma su tensión máxima. El amor desinteresado lleva en sí la ventaja de no dejar, desde luego, lugar para la desilución y el desengaño. El valor, por su parte, es la afirmación rotunda del espíritu en sí mismo, es la desestimación de todo lo que pueda amargarlo desde fuera. Tener valor es hacer de sí mismo un universo completo.

No olvidemos la bondad, fruto del amor. Si tenemos valor seremos veraces: si tenemos bondad seremos justos. Valor, bondad, verdad y justicia son cual los lados de la falange que protege el espíritu en su avance hacia lo desconocido. Las virtudes son como las fuerzas mismas del misterio hechas carnes en nosotros. La corriente mudable de las cosas todo lo arrastra. Pero cada vez que hacemos el bien gozamos de una plenitud con sabor de eternidad como si el tiempo se hubiera detenido en la contemplación de nuestra obra. Vivamos haciendo el bien y pondremos en nuestra vida notas de eternidad. La esfinge se torna sombra amiga y propicia si tenemos valor hasta para saber morir, si sabemos ser buenos hasta el fin.

Acabamos de decir que el hombre tiene el arduo destino de aparecer en medio de las entreveradas fuerzas del mundo como cooperador de la creación, como

vértice a que convergen corrientes secretas para encender en él las lámparas del espíritu.

Entre las más preclaras realizaciones del espíritu del hombre figuran las universidades. Si los templos son mansiones de los dioses ya hechos, las universidades son templos de las divinidades o valores que se están haciendo.

Abrimos esta charla con una oración a América. Cerrémosla en igual forma, aunque en alguna forma también nos repitamos. Las liturgias son invocaciones que se repiten. América siente que está llegando su hora. El porvenir dirá si ha sido así. Entretanto, nosotros de ninguna manera nos equivocaremos al aceptar este llamado del reloj de la historia y asumir sus responsabilidades. Alistarse en la aventura del espíritu, arca del valor, buscador de lo cierto y creador del bien y de lo bello, es lo que ha aconsejado siempre la actitud filosófica, es lo que pide ahora el signo señalado por los nuevos tiempos en los cielos de América, es lo más noblemente humano, y quizás, dentro de los que nos es dado alcanzar en la tierra, lo único posiblemente divino.